



EDITORIAL

DOMINACION Y DIVERSIDAD CULTURAL

En estos años inciertos que nos toca vivir, hay pocas ideas que suenen bien a todos los oídos. "Cultura" parece una de estas ideas privilegiadas. Pero esta conformidad aparente respecto al valor de la cultura no deja de encubrir maneras distintas y hasta excluyentes de entenderla. Como es natural, incluso aunque dos personas estén de acuerdo en que "cultura" designa, por ejemplo, un sistema de valores, costumbres o comportamientos, no por eso han de compartir unos mismos valores. El verdadero debate cultural siempre encubre y manifiesta a la vez un debate más hondo entre valores, entre maneras de ver.

La diversidad cultural recorre por entero la historia humana, tanto vertical como horizontalmente. Sin embargo, es un logro reciente en la conciencia humana el haber llegado a comprender que entre los derechos fundamentales de las personas y los pueblos se encuentra el derecho a una identidad cultural propia, asumida libremente. Al igual que sucede con otros derechos fundamentales, su reconocimiento formal no entraña su respeto práctico. Aun así, nos mueve a reflexionar.

Como todo derecho auténtico, el derecho a la autonomía cultural refleja una necesidad humana básica. La necesidad de cultura va más allá de la mera necesidad de instrucción. Tiene que ver con la necesidad del hombre de reconocer la conducta propia como portadora de sentido. Insiste en que toda conducta susceptible de ajustarse a una norma práctica y todo conocimiento significativo para la comunidad han de asentarse en un marco previo —de creencias, intereses, presuposiciones— dentro del cual muestran su sentido. La cultura proporciona este imprescindible marco general de sentido.

Pero la cultura no sólo pertenece al ámbito de la necesidad, de la limitada condición humana que necesita apoyarse en una serie de normas y convenciones. También es una riqueza, una fuente de posi-



bilidades de actuación, una condición de libertad. Podemos comparar la cultura a un barco en el que navegamos; nos encierra en su casco, pero también nos transporta a lugares insospechados. Y no podemos abandonar el barco sin peligro de ahogarnos, a no ser que seamos capaces de nadar hasta otro cercano. Esta paradójica libertad-en-la-necesidad la encontramos en todo lo auténtico humano.

En este número hemos querido abrirnos a los problemas de la cultura y de las culturas desde una perspectiva tan plural como fuera posible. La llamada "cultura occidental", sea esto lo que sea, y su expresión económica, el mercado capitalista, al igual que amenazan el equilibrio ecológico de la naturaleza a nivel planetario, parecen estar a punto de reducir la riquísima diversidad cultural de la especie a mero folklore para turistas, o a piezas de museo. Y, en realidad, estamos tentados de preguntar, ¿no será necesario crear una cultura global para responder a los problemas de una aldea global? Esta es una pregunta que requiere una respuesta cuidadosa. Parece indudable que, por primera vez en la historia, la humanidad se enfrenta a un desafío civilizatorio a escala global. No importa que haya sido sólo una civilización, la occidental, la causante de este fenómeno histórico, el problema empieza a ser de todos. Entonces, ¿hará falta buscar una cultura global para salir del atolladero?

Aun suponiendo que eso fuera posible —lo que es mucho suponer—, difícilmente sería deseable. Al igual que una persona dispone de un campo de posibilidades de acción delimitado por su cultura, las posibilidades de actuación de la humanidad vienen determinadas por el cauce multiforme de sus culturas. Por eso, reducir el acervo cultural de la humanidad supone reducir sus posibilidades de adaptarse a nuevas situaciones. Así pues, si necesitamos una cultura global, ésta no deberá desechar la experiencia cultural de la humanidad. Deberá ser más bien una metacultura, un acuerdo global acerca de unos mínimos (los derechos humanos, por ejemplo) que deben ser respetados por todos.

La preocupación por preservar las culturas no es, por tanto, mero interés etnológico. Las culturas no son realidades fijas e inmutables, sino que, como los seres vivos, nacen, se desarrollan y mueren. De ahí que un mero conservacionismo sea inútil. La autocrítica y la apertura son condiciones que pueden llevar a una cultura a ser más digna del hombre. Y esto lo deberíamos tener muy presente ante todo aquí, en esta informe sociedad nuestra, heredera de culturas seculares, que languidece sin aliento propio, aburrida de tomar lo peor de aquí y de allá. Ahora es necesario como nunca sentir la urgencia histórica de tomar las riendas de nuestro destino, de inventar y recuperar cultura para la solidaridad, de no limitarnos a consumir cultura empaquetada. La crítica de la cultura es ahora una tarea



imprescindible. Pero ya sabemos de la hipocresía de toda crítica que no sea autocrítica; de ahí la necesidad de estar permanentemente a la escucha de otras voces, de otras culturas, que tal vez puedan ayudarnos a encontrarnos a nosotros mismos, y nosotros a ellos. Y ante todo, escuchar la voz de los que no tienen voz, y hacerles eco con la nuestra.

El presente número de Acontecimiento recoge un puñado de voces y de perspectivas muy diferentes, como un eco de la pluralidad de problemas y soluciones que cabe hallar en el ambiguo terreno de la cultura.

El artículo "Valores universales y derecho a la diferencia", de José María Vegas, miembro de nuestro Consejo de redacción, afronta con radicalidad un problema decisivo. El derecho a una identidad cultural diferenciada forma ya parte irrenunciable de la conciencia actual. ¿Es este derecho compatible con la afirmación de valores universales, como la igualdad, la libertad, etc.? El autor muestra la inconsistencia de un relativismo fácil, que equivale a una absolutización del concepto de cultura, y que encubre en realidad un desinterés insolidario por culturas ajenas a las que no se toma en serio. Frente a esta postura, Chema Vegas defiende un respeto crítico a la identidad cultural, lo que no excluye, sino que implica, una referencia a unos valores universales, pero, eso sí, asumidos mediante un diálogo crítico entre culturas. Y este diálogo entre culturas exige unas condiciones mínimas de respeto de la identidad ajena, con sus peculiaridades.

Las condiciones políticas, sociales y económicas necesarias para que el diálogo intercultural se lleve a cabo aparecen también en el trabajo de Lourdes Arizpe, que nos aporta una perspectiva desde los pueblos del Sur en torno al problema del desarrollo y la cultura. Muestra esta economista mexicana que un crecimiento que no respete las características sociales y culturales del pueblo que lo experimenta producirá necesariamente desequilibrios y problemas, incluso desde un punto de vista meramente económico. Su análisis del proceso de aceleración y dualización de la economía mundial nos acerca a graves problemas que deberemos afrontar a corto plazo. No se trata sólo de la insostenibilidad ecológica de un industrialismo a escala global, como estamos empezando a comprender en nuestro contaminado Occidente. Los daños a la estructura social y las ingentes pérdidas en riqueza cultural que este proceso está acarreado también están contaminando la convivencia, y de forma tal vez más peligrosa e irreversible que el desastre ecológico en ciernes. Las principales víctimas de este proceso deben buscarse entre las grandes masas del Sur y la población marginal de las ciudades del Norte. Las soluciones que ve Lourdes Arizpe pasan por una mayor participa-



ción de los pueblos implicados en la toma de decisiones sobre el sentido del desarrollo.

Una perspectiva distinta es la que adopta en su artículo Heleno Saña, quien nos escribe desde la República Federal de Alemania, en el corazón mismo de la Europa industrial. Inmerso en el espeso ambiente cultural del capitalismo tardío, Heleno Saña se revuelve con pasión contra los valores burgueses dominantes, criticando su bajeza y su insolidaridad. Desde una concepción fundamentalmente ética de la cultura, entendida como entrega y servicio a los valores de la verdad, la bondad y la belleza, el autor nos dibuja una sociedad, la nuestra, con perfiles duros y sin concesiones. Critica la cultura como industria, como instrumento de dominación política al servicio de los poderosos, así como la actitud cómplice de muchos intelectuales. Frente a ello, postula una cultura crítica y comprometida, basada en la relación fraternal y pedagógica.

Una bibliografía, junto con las habituales secciones de nuestra revista, cierran el número que ponemos en vuestras manos.
